

EXTRACTO DE “EN SUEÑO AJENO”

(fantasía transfronteriza para bombo y charanga)

Novela de Javier GIL DIEZ-CONDE publicada por Tabula Rasa Ediciones (San Sebastián 2019): www.javiergildc.net www.tabularasaediciones.es

Secuencia primera:

1. S I N R E D

No sé por dónde leí que no es otra cosa la vida sino un sueño maravilloso de la materia orgánica que poco a poco se va degradando. O a lo mejor es que simplemente lo soñé. Como todo aquello del fiasco arqueológico por los grafitos del Summo Pyrenaeo. Tal vez que aún continúe haciéndolo, al comenzar estas líneas sobre semejante historia. Quizá ya desde que en casa de Servando Menéndez, jubilada autoridad de Solano del Puerto, recibiéramos la visita de aquel antiguo compañero suyo, Cresconio Gelmírez Batiburrillo, convertido en alto funcionario de Interior del Gobierno Autónomo...

La verdad es que cuando el tal Gelmírez se presentaba ya donde mi amigo Servan, pensé en algún soplo sobre los esfumados grafitos del yacimiento. Como para trincarnos. Y desde luego que, de su parte, no sería por falta de ganas, sino de pruebas. Sólo que tanto el brote de un nuevo rumor como que el reciente apagón informático, en principio tenido por pasajero, pudiera alargarse más de lo deseable, parece que le movió a sugerir en su Departamento que precisaría de nuestra colaboración. En especial de la mía.

Bien entendido que el asunto del rumor a él, no sabía qué de subvenciones comunitarias europeas, se la traía al paio. Pero ya no tanto

que la corporación municipal, convencida de necesitar a la Farfullona para tal fin, estuviese dispuesta a mover medio mundo si fuese necesario por dar con su paradero. Y es que Orosia Ceresuela se le hacía la sospechosa número uno en lo concerniente al caso del yacimiento. Los segundos, lógicamente, seríamos Servan y yo, aparte de algún que otro tontolaba más. Sin descartar, por supuesto, a los propios arqueólogos del Summo Pyrenaeo, por pasarse de listos, aunque, claro, nadie en la región iba a querer meterle mano a un Ambós, la poderosa familia materna del entonces director de la excavación. Y aun a punto de cerrarse el caso -en realidad ni siquiera abierto, al menos oficialmente, dado que nadie había denunciado la desaparición de absolutamente nada-, no obstante había convencido a sus superiores para que le concediesen cierta oportunidad antes de su retiro, ya demasiado tiempo aplazado. Cuestión personal. Y hasta un tanto lujuriosa, a mi entender; vamos, por jodernos.

Cada vez más harto de mis trajines como librero de lance y ocasión -aunque en activo por no jubilarme ya con una pensión birriosa- había decidido pasar unos días en el valle con el viejo Servan. Para abrir juntos alguna que otra de Somontano. Y acompañarlo así en saltarse, en la medida de lo que su cuerpo le permitiera, las recomendaciones médicas prescritas desde su ingreso en urgencias cuando lo del festín romano. Un punto de transgresión que le ayudaba a superar su condición de viudo, si bien no tanto el insufrible olvido al que, ingratamente, le relegaba su único vástago. Siempre agobiado de su viejo. Angelito. Nada que ver, desde luego, con el merecido ostracismo al que mis dos hijas, tras años de abandono por mi parte, me condenaban, poco más que desde mi divorcio. Las muy canallas. Y es que a partir de que su madre, siempre secundada por ellas, dejara de echarme la pertinente bronca diaria, comprendí que en nuestro hogar ya nadie me quería. Todo lo cual, unido a cierta malsana insidia arrastrada de antiguo por nuestra amistad a prueba de ideologías, no se le pasaba por alto al funcionario Gelmírez. De joven, compañero de Servan en el cuerpo y ahora, principal incordio de su vejez. Cosas del volverse abstemio a cierta edad, que avinagra el carácter, según mi amigo. Y es que con aviesas intenciones, como enseguida sin recato alguno se encargaría de revelar, hacía aquel su visita...